

francisco arredondo y verdú

Nuevo Director del Instituto Eduardo Torroja de la Construcción
y del Cemento



En la Sesión del Consejo Ejecutivo del Superior de Investigaciones Científicas, celebrada el día 26 del pasado octubre, a propuesta de la Junta de Gobierno del Patronato Juan de la Cierva, se acordó nombrar Director del Instituto Eduardo Torroja de la Construcción y del Cemento, dependiente del citado Consejo Superior, al Prof. Dr. Ingeniero de Caminos D. Francisco Arredondo y Verdú.

El solemne acto de la toma de posesión tuvo lugar el día 30 de noviembre, en el salón de actos de este Instituto, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Ministro de la Vivienda y Presidente del Patronato Juan de la Cierva, D. Vicente Mortes Alfonso, a quien acompañaban en el estrado, además de los Directores entrante y saliente, el Ilmo. Sr. D. Virgilio Oñate, Subsecretario del Ministerio de Agricultura; el Ilmo. Sr. D. Rafael de la Hoz, Director General de Arquitectura; el Ilmo. Sr. D. Juan Manuel de la Ynfiesta, Secretario General del Patronato Juan de la Cierva; el Excmo. Sr. D. Patricio Palomar, Consejero del Instituto Eduardo Torroja; y el Ilmo. Sr. D. Gonzalo Echegaray, Director Adjunto del Instituto Eduardo Torroja.



El Excmo. Sr. Ministro abrió el acto con las siguientes palabras:

Excmos. Sres., Señoras y Señores:

Como ustedes saben, el Consejo Ejecutivo del Superior de Investigaciones Científicas, a propuesta del Patronato Juan de la Cierva, ha designado Vicepresidente del Consejo Técnico Administrativo del Instituto Eduardo Torroja de la Construcción y del Cemento al hasta ahora Director D. Jaime Nadal Aixalá y Director del Instituto a D. Francisco Arredondo y Verdú.

Tiene, pues, la palabra D. Jaime Nadal.

Palabras de D. Jaime Nadal

Excmos. e Ilmos. Sres., Señoras, Señores, miembros todos de Costillares:

Por las circunstancias que todos conocéis, durante muchos años de mi vida, en los momentos importantes del Instituto, he tenido el privilegio de dirigiros la palabra desde este mismo lugar. Siempre he sentido profunda emoción al hacerlo, y en algunos casos esa emoción me ha embargado hasta el punto de impedirme terminar con la serenidad con que empecé. Esto constituye hoy una razón más para que haya de ser muy breve en lo que tenga que deciros. Sin embargo, es obligado coger la historia muchos años atrás.

En el verano de 1947 me llamó D. Eduardo para que fuera pensando en el contenido y estructura que podría darse a una organización, hasta entonces poco menos que sobre el papel, y que al amparo de una coyuntura favorable parecía que se podía impulsar y desarrollar. Durante aquel verano preparamos unos esquemas, trabajamos juntos y nuestra colaboración fue haciéndose cada vez más intensa; fui abandonando otras obligaciones, y a los pocos meses pasé a ser lo que hoy se llamaría personal fijo de esta casa. Entonces el primero y también el único. Eso ocurrió, exactamente, hace algo más de veinticuatro años.

El Instituto lo íbamos creando, dando rienda suelta a un anhelo que llevábamos dentro, e iba surgiendo ante nosotros como surgen las formas de una pella de barro que nos complacíamos en ir moldeando. Y así empezó a nacer lo que D. Eduardo llamó muchas veces el niño. Y los niños, como él mismo decía, una vez que nacen, crecen y se desarrollan siguiendo un curso normal, hasta que se hacen adultos.

¿Qué características poseía aquel niño? Desde el primer momento tenía tres características importantes: La primera era tratar de integrar las diversas profesiones que, de un modo u otro, incidían en la construcción y podían contribuir a mejorarla en cualquier sentido. Esta integración de profesiones, tan notable, tan amplia y tan abierta como nos proponíamos, no se había logrado nunca en España hasta entonces, o por lo menos no se había logrado en el campo de actividades que nosotros desarrollamos.



El segundo empeño era crear un clima de trabajo serio y de dedicación total, dentro de una disciplina, yo diría que férrea, porque estábamos convencidos de que el único potencial con que el Instituto contaba para subsistir y desarrollarse era el trabajo real, consciente y fructífero de todos nosotros.

La tercera característica, no la última, pero en algún orden tenía que enunciarlas, era el sentido humano que a toda esta obra había que darle, estableciendo un ambiente de cooperación sincera, de cordialidad y de mutua comprensión. A ésta, se le dio una importancia extraordinaria, incluso en sus últimos mensajes, D. Eduardo se refirió al mutuo respeto que existía entre todos, entre los de arriba y los de abajo, entre las profesiones de mayor calificación académica, las de carácter auxiliar e incluso subalternas y obreras.

Como veis, el Instituto constituía una experiencia apasionante, y desde el primer momento nos metimos en ella y ella se metió en nosotros, calando muy hondo en nuestros corazones.

En este desarrollo, el niño, empezó a dar sus primeros pasos. Nos complacíamos en ello. D. Eduardo, que entonces era Secretario del Instituto, pasó a ser Director. Yo le sustituí como Secretario. Hubo unos pasos más. Pasó el tiempo. Mi ocupación fue de Director Adjunto, y entonces, en este relevo normal que impone la vida, ocupó el cargo de Secretario Gonzalo Echegaray, único de nuestros colaboradores al que he de referirme en este acto, porque él personifica la gran cooperación, el entusiasmo y la dinámica constructiva que todos habéis prestado siempre a esta obra, y porque es obligado subrayar lo compenetrados que ambos hemos estado y lo compenetrados que, creo yo, seguiremos estando en lo sucesivo.

En este ir de la vida, cuando ocurrió la desgracia de que nos faltara el Maestro, con nuestros menguados méritos, pero con todo nuestro entusiasmo, tomamos el timón de esta nave, y Gonzalo y yo, codo con codo, continuamos la labor emprendida, proyectándola esencialmente hacia dentro, hacia vosotros, tanto más cuanto que hacia arriba, la labor correspondía al Consejo de Instituto, que aseguraba la continuidad, ya que no había sufrido hasta entonces otras modificaciones que las derivadas del cambio de Estatuto Legal en que nos movíamos y posteriormente, al fallecimiento de D. Federico, y la sucesión por el actual Presidente D. José María Aguirre.

D. Federico, durante su dilatado mandato, nos animó, nos alentó y personalmente superó muchas de las dificultades con que fuimos tropezando. Su ayuda fue de un valor inestimable. Decisiva. Así, en este transcurso de la vida, el niño, en que nos hemos complacido, ha ido adquiriendo personalidad. Como todos los niños, ha hecho sus travesuras, que también nos han dado satisfacciones y a veces señalaron la medida de su vitalidad y de su madurez. Ahora, ya es un hombre hecho y derecho, es un hombre con su propia personalidad, y también ello nos da, como es natural, motivo de íntima satisfacción.

Por consiguiente, en este relevo que hoy se produce en este acto protocolario quiero agradecer vuestra cooperación y vuestra labor a todos, absolutamente a todos. A aquellos que constituís el primer barro con que se fue moldeando el Instituto, a aquellos que se incorporaron después y que también adquirieron la forma que habíamos dado al Instituto, a aquellos que más tarde se incorporaron y pretendieron darle formas nuevas. A todos, absolutamente a todos, sin decir nombres, pues tendría que nombrar, no sólo a los que estáis aquí, sino a los que ya han pasado y no veo en este momento porque han seguido otra trayectoria; a todos, repito, mi más profundo y sincero agradecimiento.

Mi gratitud, por encima de todo, al Presidente del Patronato Juan de la Cierva, que supo recoger con afecto y comprensión mi sugerencia de relevo e incorporación a otras tareas, y que ha sabido dar cauce a mis propuestas en la forma satisfactoria con que lo ha hecho.

Y unas obligadas palabras para Paco Arredondo, que ha de sucederme. De Paco Arredondo no tengo nada que decir, todos conocéis sus bien probadas dotes y espero que llevará este timón con la firmeza con que esta casa lo necesita.

Por otra parte, Sr. Presidente, al incorporarme al Consejo del Instituto quiero testimoniar mi lealtad al Centro, mi cariño que es indiscutible, mi deseo de seguir colaborando, y permanecer a vuestra disposición para todo lo que mandéis. Siempre a vuestras órdenes.

Acto seguido el Sr. Presidente concedió la palabra al Sr. Arredondo.

Palabras de D. Francisco Arredondo

Excmos. Sres., Señoras, Señores, amigos todos:

Sin gran esfuerzo os será fácil imaginar toda una serie de sentimientos, ilusiones, emociones y afectos que en este momento hay dentro de mí.

Para haceros partícipe de todo ello, he escrito unas cuartillas que voy a leeros, por miedo a que la emoción me traicione.

Quiero, en primer lugar, expresar mi agradecimiento a todas las personas que, sobreestimando mis méritos, han intervenido en mi designación para el cargo de Director del Instituto Eduardo Torroja, mediante propuesta, informe y nombramiento. Puedo asegurarles que haré todo lo que humanamente pueda para no defraudarles.

Cuando la Superioridad me ofreció el puesto de Director del Instituto medité seriamente sobre un conjunto grande de circunstancias tales como la categoría del cargo, la personalidad de mis antecesores en el mismo, las responsabilidades que adquiriría, mis aptitudes, mis limitaciones, etc., pero el factor que encontré decisivo para la aceptación fue la consideración del potencial humano del Instituto.

Llevo veintitrés años en el Instituto conviviendo y trabajando hombro con hombro con excelentes compañeros cuyas cualidades científicas, técnicas y humanas he llegado a conocer perfectamente. La amplitud y calidad del «cuerpo pensante» de este Centro, hacen que vea el



porvenir con un razonado optimismo. El hecho que definitivamente, digo, me impulsó a aceptar fue mi fe y mi esperanza en los hombres de esta Casa.

Acabo de referirme a los hombres de esta Casa. No creáis vosotras, la fracción femenina del Instituto, que desdeño vuestro trabajo y que desprecio vuestro entusiasmo. No, de ninguna manera. Todo trabajo bien realizado, concienzudamente hecho y llevado a cabo con los cinco sentidos, es digno de consideración y de aprecio, sea de la naturaleza que sea, y por ello estimo vuestro trabajo, lo valoro y lo necesito. Por otra parte, sabéis que os encontráis a doscientos codos por encima de los hombres de esta Casa porque, con vuestra presencia en el Instituto, ponéis en él una nota de simpatía y humanidad por el garbo de vuestro porte, por la gracia de vuestra sonrisa y... a veces... a veces... hasta por lo escueto de vuestra minifalda.

También aprecio en todo lo que vale el trabajo del sector obrero del Instituto, trabajo en ocasiones enojoso por lo monótono y reiterativo; pero debéis pensar que esas series de probetas, al parecer intrascendentes, que fabricáis, muy bien pueden constituir el indispensable cimiento de una nueva teoría. También valoro vuestro trabajo y también espero mucho de él.

Yo quisiera llevar al ánimo de todos la idea de la categoría, la importancia y la trascendencia de los temas que tenemos entre manos. En el nombre de nuestro Instituto están claramente definidos nuestros dos objetivos: la construcción y el cemento. Y estos dos objetivos van así juntos y unidos porque difícilmente pueden separarse y no es fácil concebir al uno sin el otro.

El cemento, ese polvo gris que a veces vemos por la calle, es en la actualidad uno de los índices estimativos del estado de prosperidad de un pueblo, y su espectacular desarrollo en España, en la última década, mereció el honor de ser citado por nuestro Caudillo, en ocasión reciente, como uno de los factores que ha contribuido a la elevación del nivel de vida de los españoles.

Para juzgar de la importancia de la industria española de la construcción, baste saber que da trabajo a más de un millón de personas y que su producto industrial bruto en el último año ha superado los cien mil millones de pesetas.

Y en el cemento y en la construcción tienen fijos los ojos y cifran sus esperanzas los que tienen necesidad de una vivienda, los que se desvelan por dar de beber a una tierra sedienta, los que quieren comercializar los productos que obtienen o fabrican, los que quieren proteger una bahía; en fin, los que tienen una necesidad vital, económica o de restauración de su espíritu. Es evidente que, en medio de esa encrucijada, la aportación científica y técnica del Instituto puede ser de un valor extraordinario.

Todos me conocéis; unos muy de cerca, otros de referencias, y sabéis que si de algo puedo presumir es de tratar de cumplir con mi obligación lo mejor que sé. Cuando terminé la carrera se ofrecía ante mí un abanico de posibilidades y yo, actuando libremente y con perfecto conocimiento de causa, elegí el camino del Instituto porque tenía vocación, porque me ilusionaba trabajar con Torroja y porque no era ambicioso de mando ni de dinero, ya que, como decía el mismo Torroja, en el Instituto se ofrecía tan sólo «el panecillo seguro y el filete probable». Al Instituto dediqué mi vida profesional, al Instituto di el esfuerzo de mi juventud y no sería consecuente conmigo mismo si desde el puesto de Director eludiera el cumplimiento de mi obligación y no me entregara por entero al Instituto con más ilusión, si cabe, que la que tenía hace veintitrés años.

Ya sé que estar en el primer puesto en la lista del personal del Instituto obliga a mucho. Obliga, entre otras cosas, a ser el primero también en el cumplimiento del deber y obliga asimismo a hacer todo lo que haga falta hacer para seguir progresando en la consecución de las adecuadas condiciones espirituales y materiales de trabajo para tratar de llevarlas hasta niveles dignos de vosotros.

Por otra parte, la misión esencial de la Autoridad es procurar el bien común y a ello dedicaré mi esfuerzo para que podamos disponer de la paz y tranquilidad que un Centro como éste necesita para desarrollar su trabajo.

Pero si un día veis decaer mi ánimo, a vosotros, a todos vosotros, os incumbe el apuntalar mi espíritu vacilante para que el Instituto siga su camino con la brillantez de siempre.

Todo esto es lo que ofrezco. ¿Y qué pido? Pido tres cosas: trabajo, unidad y disciplina.

El Instituto somos todos y el Instituto llegará hasta donde le llevemos entre todos, y sólo un trabajo serio, tenaz y perseverante puede llevarle a algún sitio donde su voz se oiga y sea apreciada. No esperéis éxitos personales por otro camino distinto del del trabajo, ni esperéis que el éxito del Instituto, como corporación, venga de ninguna otra parte. Solamente un trabajo responsable puede llevarnos al éxito en ambientes nacionales e internacionales.

«Technicae plures, opera unica» reza nuestro lema y es cierto que ese trabajo común, ese trabajo en equipo, que tan bien supieron organizar nuestros anteriores Directores, es piedra angular del éxito. Todos juntos, sin competencias desleales de Secciones, de Departamentos o de profesiones, es como podemos mantener al Instituto en el puesto eminente que, por el nombre ilustre que lleva, le corresponde. Por otra parte, la idea de la unidad ni es nueva ni es original; es una necesidad sentida en todas las latitudes y en todas las épocas: «la unión hace la fuerza» decían nuestros reyes del siglo XV; «todo reino dividido perecerá» se lee en el Evangelio desde hace veinte siglos.

Pero todo ese trabajo colectivo, suma de contribuciones individuales, no se puede llevar a efecto más que con una disciplina, que nos obliga a todos, y en un clima de fraternal camaradería como ha habido siempre en Costillares. La desunión, la intranquilidad, la apatía y el desorden son inaceptables en nuestro ambiente. Que cada uno ponga de su parte lo necesario para evitar situaciones capaces de frenar el normal desarrollo de la actividad investigadora o de ayuda a la industria, del Instituto. Ante tales situaciones me sentiría obligado a ser implacable.

¿Recuerdos? ¿Nostalgias? ¿Emociones? Las que queráis.

Mi pensamiento vuela en primer lugar hacia mi padre, hoy casi centenario, que fue la primera persona en este mundo que me habló de cómo debe ser un hombre y de quien aprendí la seriedad en el trabajo, la integridad en la conducta y el culto a la obligación.

Vuela también mi pensamiento hacia la mujer que Dios me dio de por vida, quien será una vez más testigo y víctima de mis trabajos, de mis preocupaciones, de mi humor cambiante, pero cuya presencia a mi lado me sirve de estímulo y acicate en mi batallar diario.

Mi recuerdo agradecido va ahora hacia los que fueron mis profesores, a todas las personas que me han enseñado algo que ha hecho posible mi acceso al puesto al que hoy llego.

Mi recuerdo emocionado para los que fueron mis Directores en esta Casa: Eduardo Torroja y Jaime Nadal. Con D. Eduardo conviví doce años, precisamente los doce primeros años de mi actividad profesional, recibiendo día a día su lección, siempre sabia; su consejo, siempre acertado, y su ejemplo, siempre aleccionador. A las órdenes de Jaime Nadal he trabajado veintitrés años; de sus dotes de organizador, de su amplia visión del futuro y de todas las demás cualidades que posee he aprendido mucho y de todas esas cualidades quedan huellas indelebles en el Instituto. Quiera Dios que el día que yo entregue el mando queden en el platillo positivo de mi balanza no menos valores que los que quedan hoy en el platillo positivo de la balanza de Jaime Nadal.

Mi recuerdo entrañable para el Departamento de Materiales, que yo creé, y que, de tener una mesa, una silla y unos libros, ha pasado a ser lo que hoy es gracias al esfuerzo de muchos. Mi agradecimiento y mi abrazo a todos mis colaboradores de ayer y de hoy porque todos han colaborado con su inteligencia, con su entusiasmo y con su trabajo, desde los más

brillantes a los más modestos, es decir, desde mis Sorias y mis Cánovas hasta mis Margaritas y mis Valencias.

Mi recuerdo fraternal para todos los compañeros con quienes, a lo largo de los años, he compartido el trabajo del Instituto y los ratos buenos y malos, más buenos que malos, y de quienes tantas cosas he aprendido, lo mismo de ciencia que de valores humanos. De entre todos estos compañeros y amigos permitirme que sólo cite a uno: Gonzalo Echegaray.

Excelentísimo Señor Ministro de la Vivienda: El Instituto Eduardo Torroja está dispuesto a colaborar con la Administración Pública, aportando su personal, su equipo y su experiencia en las investigaciones que, dentro de sus posibilidades, sean de interés general para la nación.

Excelentísimo Señor Presidente del Patronato Juan de la Cierva: He aquí al Instituto Eduardo Torroja dispuesto a emprender la marcha en esta nueva etapa de su historia. Si es cierto lo que decía Antonio Machado, que «se hace camino al andar», el Instituto no tiene más que seguir ese camino, porque el Instituto ha andado mucho en etapas anteriores. Y seguirá andando en el futuro para aumentar el acervo de la Ciencia española y para servir a la economía nacional a través de las industrias de la construcción y del cemento. Yo os aseguro que desde pasado mañana el Instituto emprenderá la marcha en esta nueva etapa consciente de su pasado, fiel al nombre que lleva y confiando en su destino. Y digo desde pasado mañana, porque supongo que V. E. autorizará la vacación de mañana para celebrar mi acceso a la Dirección del Instituto.

Por último, querido Vicente: permíteme que una vez más agradezca la parte activa que has tomado en mi designación. Nos conocemos hace mucho tiempo. Nos profesamos un mutuo afecto nacido y consolidado en años estudiantiles y sabes perfectamente de mis virtudes y de mis defectos; no te he negado la colaboración que me has pedido. Quiera Dios que hayamos acertado los dos. Hace aproximadamente dos años fuiste elevado a la alta jerarquía de Ministro del Gobierno español. A los pocos minutos de haber jurado tu cargo te di un abrazo y te dije: «Vicente, que Dios te ilumine». Hoy más que nunca necesito yo que Dios me ilumine, que encienda un faro permanente en mi camino para poder llevar a buen puerto esta nave que hoy pones en mis manos.

Finalmente cerró el acto el Sr. Ministro con las siguientes palabras:

Palabras del Excmo. Sr. Presidente del Patronato

Excmos. Sres., Señoras, Señores:

Unas palabras para cerrar este acto con toda la emoción a la que antes se han referido Jaime Nadal y Paco Arredondo. Para los dos entrañables amigos que me han precedido en el uso de la palabra y para mí mismo, en este acto hay otra persona en nuestra mente y estoy seguro que en la mente de todos, que se llamó, se sigue llamando, Eduardo Torroja. Los tres, discípulos de D. Eduardo. Imagínense ustedes en este momento la emoción que puede sentir un antiguo alumno de D. Eduardo al ocupar la Presidencia, por primera vez en su vida, en esta Sala que él creó para trabajar.

Y junto a este recuerdo a D. Eduardo, un recuerdo también al actual Presidente del Consejo Técnico Administrativo, D. José M.^a Aguirre, a quien una obligación absolutamente ineludible le ha impedido estar con nosotros en este momento y a quien yo quiero ahora, en su ausencia, agradecer su entrega al Instituto, a pesar de ser un hombre tan extraordinariamente ocupado como él, pero que sabe encontrar siempre el tiempo necesario para acudir a Costillares cuando hace falta y para estar siempre a hilo de teléfono cuando se le requiere.



En el pasado julio vino un día a verme Jaime Nadal para decirme que quería dejar la dirección de este Instituto como consecuencia de las múltiples obligaciones en las que se veía comprometido. Tuvimos una grata y larga conversación sobre el particular. Yo comprendí las razones de Jaime Nadal. Pero allí mismo convinimos en que él no se podía marchar del Instituto. Y no se podía marchar porque el Instituto no podía prescindir de él y porque además él no quería marcharse.

Y así fue como Jaime Nadal es ahora Vicepresidente del Consejo Técnico Administrativo y Director Consejero a las órdenes del Presidente del «Juan de la Cierva».

Jaime Nadal, pues, sigue con nosotros, sigue en el «Juan de la Cierva» y sigue en el Instituto Eduardo Torroja para poder dar su ayuda y su consejo al nuevo Director.

Y este nuevo Director que acaba de pronunciar este bello discurso, yo diría que si hubiera que calificarle de una manera rápida, de una manera como puede hacerlo un compañero de promoción, diría que es un hombre serio, eficaz y trabajador. Ese es para mí este veterano del Torroja que se llama Francisco Arredondo Verdú.

El aplauso con que todos ustedes han rubricado sus palabras me parece indicar que hemos acertado. Que hemos acertado con su nombramiento. Yo estaría mucho más seguro de este acierto si él no hubiera lanzado por delante ese día de vacación que puede que en algún momento haya animado a aplaudirle por tan bello gesto.

Desde luego, en cuanto a la autoridad que pueda tener el Presidente del Juan de la Cierva, confirmo totalmente la petición de Paco y confío también en que algún pequeño aplauso merezca, al terminar, por este motivo.

El Instituto Eduardo Torroja de la Construcción y del Cemento es, sin duda, uno de los Centros, uno de los equipos, una de las organizaciones, en abstracto, en la que los españoles nos miramos con mayor orgullo.

Es algo que satisface conocer, el prestigio internacional y el prestigio nacional de este Instituto.

Si de lo abstracto pasamos a lo concreto, en el campo de la investigación y de la tecnología, todavía crece este prestigio del Instituto Eduardo Torroja. Y este prestigio es la obra de todos ustedes. La obra de quienes supieron fundarlo; de quienes supieron darle savia; supieron darle objetivos y supieron darle este cálido ambiente humano a que antes se refería Jaime Nadal.

Obliga a mucho este prestigio del Torroja. Yo estoy convencido de que en la línea de lo que antes nos decía Jaime Nadal y de lo que después recalca Paco Arredondo, este prestigio del Instituto Eduardo Torroja va a proseguir. Y va a proseguir, porque viendo las caras de todos ustedes sé que están de acuerdo en ello y sé que lo desean. Pero además quiero decirles también que no tienen ustedes derecho a hacer nada que pueda menoscabar este prestigio, porque este prestigio es de todos, pero es de España y es algo muy importante España, para que a veces, por una irreflexión, pueda andar de boca en boca el Instituto Eduardo Torroja.

Vivimos un instante, unos momentos de la vida española en que la investigación ha pasado a ser un gran tema en la opinión pública.

Hace unos años, la investigación podía ser cuestión de iniciados. Hoy está en la calle. Yo creo que de esto, quienes de una manera u otra trabajamos por la investigación española, no podemos más que sentirnos satisfechos. Cada momento tiene su afán y esta década de los 70 que empezamos el año pasado es, sin duda, la década de la consolidación de la investigación en España. Por eso es importante que tengamos los instrumentos puestos a punto.

El Gobierno está decidido a situar a la investigación en el terreno que le corresponde. Recientemente tomó unos acuerdos, a propósito de la Organización del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que yo quisiera glosar muy brevemente porque pienso que a la gran mayoría de ustedes les importa.

A la hora de responder a este reto de la opinión pública, en materia de investigación, el Gobierno pensó que el gran instrumento era el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y que era alrededor de este Consejo Superior de Investigaciones Científicas como había que reorganizar, poner a punto, dinamizar toda la investigación española, tanto la investigación que desarrollan otros Centros Estatales, como la investigación que desarrollan los particulares. Y a esto obedeció la creación del Comité de Investigación Tecnológica y de ese otro Comité de Investigación Básica y Universitaria.

En el Comité de Investigación Tecnológica cuya función esencial ha de ser coordinar la gestión de todos los órganos de la Administración, órganos estatales o paraestatales de investigación y al mismo tiempo fomentar y activar la cooperación de estos órganos con la investigación que realicen las empresas, este Comité de Investigación Tecnológica, como digo, en el que se va a empezar a trabajar muy pronto, creo que uno de los instrumentos con los que ha de contar de manera más directa es el Instituto Eduardo Torroja de la Construcción y del Cemento, porque, como decía antes Paco Arredondo, por consumo de kilos de cemento se mide ya el progreso de un país y porque además la construcción en España es y será siempre uno de los sectores industriales más dinámicos en los que evidentemente más se han de centrar las aspiraciones de los españoles cada día en las distintas materias o distintos productos, digamos, que constituyen la acción final de la construcción.

Creo, pues, que es un momento muy bueno para los investigadores españoles, para cuantos cooperan en la investigación. La investigación está en la calle, la opinión pública ha planteado un reto al Gobierno. El Gobierno se apoya en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y dentro del Consejo está nuestro Patronato Juan de la Cierva y aquí está el Torroja.

Queremos tener objetivos claros. Hablaba antes Paco Arredondo del panecillo y el filete de vez en cuando. Queremos también que haya panecillos y filetes en abundancia. Pero creo que más importante que los panecillos y los filetes es que haya hombres como Torroja que sean capaces de señalar metas, porque la gente las sigue y se sacrifica lo necesario, porque los que estamos aquí en este salón, tenemos una mentalidad hecha a aspirar a algo más que a una

simple cobertura de nuestras necesidades materiales. Tenemos nuestra mente hecha a servir al país.

Y ahora, como también el nuevo Director se ha referido al Ministro de la Vivienda, quiero decirles a todos ustedes y a él en especial que la cooperación del Ministerio de la Vivienda con el Torroja no viene de hoy. Todos ustedes saben que hace ya muchos años el Torroja ha cooperado, incluso antes de crearse el Ministerio, con el Instituto Nacional de la Vivienda.

Aquí, del Consejo Técnico Administrativo forma parte, bien es verdad que a título personal, pero en él se da además la condición de ser Presidente de la EXCO D. Miguel Angel García Lomas. Hoy ha venido conmigo a este acto y forma parte de nuestra Presidencia, el nuevo Director General de Arquitectura, D. Rafael de la Hoz, que es también uno de los pioneros de este Instituto. Tuvo la suerte de ser discípulo de D. Eduardo y de colaborar con él.

Esta colaboración, por lo tanto, que viene de antiguo, ha de ir a más, y nosotros desde el Ministerio de la Vivienda contamos con el Torroja.

Y nada más, enhorabuena a Jaime Nadal por ese brillante platillo a que se refería antes Paco Arredondo y porque sigue con nosotros.

Y a ti, Paco, que Dios te ilumine.

Los brillantes discursos de los tres oradores fueron rubricados con calurosos aplausos del público que llenaba la sala.

